

Resuelto Bolívar a caer desde San Carlos sobre su adversario fortificado en Carabobo, no tenía otra alternativa que la de forzar la entrada al llano por medio de una ofensiva resuelta. Latorre ocupaba posiciones desde las cuales dominaba los dos desfiladeros que permitían el acceso a la llanura. Sus destacamentos de observación avanzaban hasta el pueblo de Tinaquillo, situado sobre el camino real de San Carlos, de manera que el jefe español estaba en capacidad de conocer con ventajosa anticipación los movimientos de Bolívar. Era menester destruir aquella fuente de información. El Libertador dió el encargo a Laurencio Silva, el húsar de la lanza invicta. Silva ejecuta entonces proeza digna de su fama. Avanza sobre Tinaquillo; sorprende la descubierta española; cae sobre ella con el ímpetu de un alud; da muerte a su comandante y a cuatro jinetes más; otros quedan heridos; los demás, sobrecogidos de pavor ante aquel ataque repentino y mortífero, quedan prisioneros. Uno solo de los exploradores pudo regresar fugitivo a su campamento. El efecto moral de esta escaramuza fué tan grande, que Latorre incurrió en el error inexplicable de evacuar el cerro de Buenavista, desde donde dominaba el desfiladero que conducía a Carabobo. Se replegó sobre las pequeñas colinas que cerraban el camino más al Norte.

La situación del ejército republicano mejoró sensiblemente.

#### LOS PALADINES

EL 23 de junio el ejército de Bolívar estaba acampado en la sabana de Tinaquillo. Era la flor y nata de los bravos de Colombia: veteranos granadinos, llaneros venezolanos, voluntarios ingleses, oficiales de primer orden, jefes que eran la encarnación de las glorias patrias.

Tres divisiones de infantería y diversos cuerpos de caballería componían el Ejército. Formaban la primera el batallón *Bravos de Apure*, la *Legión Británica* y mil quinientos jinetes distribuidos en ocho escuadrones. Mandaba estas fuerzas Páez, el Aquiles americano, el héroe de los combates fabulosos y las hazañas legendarias que sólo han menester la pátina de los siglos para asumir ante la humanidad las proporciones gigantescas de los personajes de la *Ilíada*.

La segunda división estaba bajo el mando del benemérito Manuel Cedeño, centauro de la escuela de Páez, pundonoroso hasta el extremo, arrojado hasta la temeridad, cortejador de la muerte después de la victoria. Sus batallones eran el *Tiradores*, el *Boyacá* y el *Vargas*. Tenía además el *Escua-*

*drón Sagrado*, cuerpo montado de oficiales de reserva, a cuya cabeza estaba el fogoso Aramendi.

La tercera división era la de reserva. Estaba a las órdenes del bizarro Ambrosio Plaza, rival de Cedeño por el denuesto inverosímil; su compañero en la inmortalidad sucumbiendo junto con él en el campo del honor. En esta división se hallaban los batallones *Granaderos de la Guardia*, *Rifles*, *Anzoátegui*, *Vencedor* y un cuerpo de caballería.

Y qué constelación de jefes y oficiales, la que Bolívar agrupaba en torno de sí, como digno cortejo de su grandeza! Además de Páez, de Cedeño y de Plaza, los tres astros de Carabobo, estaban allí Laurencio Silva, Hércules por la fuerza, Ajax por el ímpetu guerrero, cuyo corcel volaba como el huracán y cuya lanza hería como el rayo; Juan José Rondón, que en el campo glorioso de Boyacá, cuando la victoria estaba aún indecisa, había dicho: «Mal puede ganarse la batalla cuando yo todavía no he cargado». Bartolomé Salom, tan meritorio como modesto, tan justo como valiente, tan severo en el mandar como cumplido en el obedecer; Juan Farriar, el inglés imperturbable y sereno, firme ante la pujanza enemiga cual roble enhiesto ante la furia del vendabal; Juan Mellado, héroe de los más crudos combates, que ponía su punto de honra en que nadie marchase delante de él en el ataque; Lucas Carvajal, batallador insigne a quien más tarde cupo la honra de ser el primero en dar a Bolívar el parte del triunfo de Junín; Francisco Aramendi, que había compartido con Páez la gloria de sus más altas proezas; Rafael de las Heras, veterano impetuoso que venía guerreando desde los comienzos de la revolución; Juan Uslar, hidalgo hano-veriano, antiguo oficial de Wellington que había hecho con él la campaña de la Península y había peleado en Waterloo; Eduardo Brand, ascendido por el Libertador sobre el campo de Carabobo por actos sobresalientes de bravura y de pericia; Ignacio Pulido, que comandaba el batallón *Vencedor* y Arturo Sandes, que estaba a la cabeza

del *Rifles*, el cuerpo mejor disciplinado de Colombia; Hermenegildo Múgica, llanero indomable, impávido en el peligro, temible en el acometer; Cornelio Muñoz, Comandante del *Escuadrón de honor* de Páez, y a quien Bolívar llamó «el valiente»; Antonio Rangel, de quien dijo el Libertador que «como siempre, hizo prodigios»; Juan Gómez, que mostraba en su lanza tinta en sangre, los estragos que hacían en las filas enemigas; Carlos Diego Míncin, irlandés valeroso que desde la verde Erin había venido a luchar por la libertad de Colombia; Pedro León Torres, Comandante del batallón *Bravos de Apure*, que llegó a contar en su hoja de servicios cuarenta acciones de guerra; Manuel Manrique, que dos años después de Carabobo remataba el triunfo en Puerto Cabello y desde allí enviaba como trofeo al Vicepresidente Santander las llaves del Castillo de San Carlos; Cruz Paredes, que había recogido laureles en el suelo venezolano como los recogió después inmarcesibles en los campos de Quito y del Perú; Juan José Flores, más tarde General y Presidente de la República del Ecuador; Daniel Florencio O'Leary, militar insigne, escritor talentoso y ameno, a quien la Historia Americana debe el servicio inapreciable de sus *Memorias*. Y estaban también allí Briceño Méndez, el brillante Secretario del Libertador; sus lucidos Edecanes Ibarra, Ibáñez, Umaña; el guerrillero Remigio Ramos; los briosos comandantes Cala y Arguíndegui, y en fin, Emigdio Briceño, Vicente Piñeres, Ramón Acevedo y Enrique Weir, que llegaron todos a ser Generales. Una pléyade imponente de héroes. Nombrarlos a todos sería prolijo. Relatar sus méritos, imposible.

Qué hombres y qué tiempos! Cuando mi mente los evoca en conjunto, pareceme contemplar un Valhalla esplendoroso, donde Odín y Thor, reinando en la bélica hermosura de las Valkyrias, agasajan como a hijos predilectos a los bravos guerreros de la emancipación colombiana.

*Sigue pag 381*

*(Seguirá).*

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,  
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA